

EXCLUSIÓN SOCIAL, ACTORES ARMADOS Y VIOLENCIA URBANA EN RÍO DE JANEIRO

KEES KOONINGS
SJOERD VEENSTRA*

INTRODUCCIÓN

EN TODO EL PLANETA, LA POBREZA Y LA EXCLUSIÓN social adquieren día con día un rostro urbano. En particular, las llamadas “megaciudades” del mundo están convirtiéndose rápidamente en el escenario de la privación y la exclusión. Un aspecto que resulta de particular importancia y cada vez más preocupante es el crecimiento de espacios urbanos socioterritoriales que carecen de una gobernanza formal o efectiva. En concreto, esto significa que no existe una presencia real del poder estatal ni de instituciones públicas en aquellas áreas de la ciudad que se consideran pobres o marginales. En dichos espacios urbanos reina una lógica no civil de coerción y estas zonas se convierten en verdaderos campos de batalla, sinónimos de violencia e inseguridad. En América Latina, el incremento del crimen organizado y las bandas territoriales en las ciudades, aunado a la respuesta violenta por parte de las fuerzas de seguridad del Estado, han evolucionado hasta ser las manifestaciones más prominentes de la denominada “nueva violencia”.¹ Aunque este fenómeno tiene vínculos claros con un pasado reciente de violencia política durante las décadas de régimen militar y conflictos civiles, su novedad se debe en parte a la tensa coexistencia con la democracia formal. La mayoría de los estados latinoamericanos tienen el compromiso

* Los autores agradecen los excelentes comentarios y útiles sugerencias que les hizo uno de los lectores anónimos. La responsabilidad por lo que se expresa en este texto recae por entero en ellos.

¹ Anthony Pereira y Diane Davis, “Introduction: New Patterns of Militarized Violence and Coercion in the Americas”, *Latin American Perspectives*, vol. 27, núm. 2, 2000, pp. 3-17; Kees Koonings y Dirk Kruijt (eds.), *Armed Actors. Organised Violence and State Failure in Latin America*, Londres, Zed Books, 2004.

de garantizar los derechos humanos, la ciudadanía y el Estado de derecho. Pero, en la práctica, la exclusión y la violencia urbanas a menudo tornan estas ideas como poco menos que frases huecas.

Ciertos estudios recientes han querido ir más allá de la ecuación superficial de pobreza, marginalidad y violencia para desentrañar las relaciones entre la privación, la exclusión y formas rivales de poder y control. Los nuevos patrones de violencia urbana en América Latina derivan de tres desarrollos interconectados. En primer lugar, de las estructuras e impacto social de la pobreza y la exclusión, que cierran las posibilidades para obtener ingresos satisfactorios y nivel social, especialmente a los jóvenes, y que han dado lugar al círculo creciente de la informalidad, con sus propias leyes de supervivencia. En segundo lugar tenemos la fragmentación del Estado, en el sentido de que porciones considerables de las grandes concentraciones urbanas están privadas de una presencia estatal efectiva que garantice la seguridad ciudadana y la aplicación de la ley. A menudo, la presencia del Estado es selectiva y perversa, en cuanto su acción se limita a la violencia arbitraria y represiva de las tácticas policiacas o a la cooptación de grupos criminales por los políticos. Como resultado de ello, el uso legítimo de medios colectivos de violencia es disputado por diversos actores armados irregulares, o bien ha fracasado del todo. En tercer lugar están las funciones de ordenamiento e integración de la violencia y coerción extralegales. Los actores armados no son meros grupos criminales; ellos redefinen las comunidades urbanas periféricas a fin de imponer el orden y ofrecer canales alternativos para la integración social. Sin embargo, este orden es tan ambivalente como el fundamento de violencia sobre el que descansa. La aceptación del mismo por parte de los habitantes locales es más a menudo expresión del miedo que de legitimidad y nunca podría sustituir a una "buena gobernanza", ni en la teoría y análisis que presentan los investigadores ni en la percepción de los propios ciudadanos pobres.

De esta manera, no sólo los mercaderes de la violencia operan en el mundo atomizado y anómico que dejan el Estado y las instituciones formales, sino que la violencia se ha convertido en el fundamento de formas alternativas, "paralelas", de orden, control, distribución de recursos, legitimidad e identidad. En muchos casos, el Estado local es llevado a una espiral perversa de violencia, crimen y conductas arbitrarias crecientes, que está transmutando el paisaje urbano en un teatro de guerra de baja intensidad. Los pobres urbanos se ven obligados a trazar rutas de navegación en sus "encuentros con la violencia".² Los políticos, administradores, líderes po-

² Caroline Moser y Cathy McIlwaine, *Encounters with Violence in Latin America. Urban Poor and Perceptions from Colombia and Guatemala*, Londres y Nueva York, Routledge, 2004.

pulares y directores de ONG se encuentran ante el dilema de determinar cómo restaurar instituciones no violentas y efectivas, una gobernanza legítima, y un clima de seguridad para los ciudadanos.

Ante este escenario, el presente trabajo se propone examinar la naturaleza e impacto de la exclusión social y la violencia organizada en Río de Janeiro. Para ello, nos enfocaremos principalmente en los barrios pobres, las tristemente célebres *favelas*, que han sido descritas como zonas de guerra urbana. Estudiaremos los orígenes y evolución de las *favelas* y presentaremos un panorama de las formas de violencia y los actores armados que señorean en los arrabales de Río de Janeiro. Posteriormente examinaremos las consecuencias sociales y políticas de la violencia urbana en Río. La sección final de este trabajo abordará un caso específico: el de la *favela* Vila Cruzeiro. Siendo el de una de las áreas más violentas de Río de Janeiro en años recientes, este caso ilustra la naturaleza de la violencia urbana en la ciudad y sus repercusiones en la vida cotidiana y la supervivencia de sus habitantes.

POBREZA Y DESIGUALDAD EN LA "CIUDAD MARAVILLA"

Durante décadas, Brasil ha encabezado las listas mundiales de desigualdad de ingresos. Una de sus ciudades más importantes, Río de Janeiro, nos muestra el lado más terrible del rostro urbano de la desigualdad y la exclusión. Especialmente en la zona sur de la ciudad, cuyos lujosos vecindarios y playas de fama mundial se muestran en múltiples tarjetas postales, la presencia ominosa de las *favelas* que pueblan los *morros* (faldas de las colinas) cercanos son un doloroso recordatorio de la división social que atraviesa al Brasil urbano moderno.

Los orígenes del fenómeno de las *favelas* datan de principios del siglo xx. Hacia 1900, el desarrollo comercial y las políticas de modernización municipal urbana empezaron a expulsar a los pobres de sus lugares clásicos de residencia, a saber, los hacinados y degradados *cortiços* (bloques de departamentos) en el centro de Río de Janeiro. A raíz de esto, los pobres comenzaron a construir chozas y casuchas irregulares en los terrenos baldíos. Desde los años veinte hasta los sesenta, el número de *favelas* aumentó de 26 a cerca de 300.³ El crecimiento poblacional provocado por la migración rural-urbana, la expansión demográfica natural y el desarrollo industrial encontró cada vez más una válvula de escape en las ciudades

³ Greg O'Hare y Michael Bark, "The Favelas of Rio de Janeiro: A Temporal and Spatial Analysis", *Geojournal*, núm. 56, 2002, p. 233.

perdidas que se multiplicaban. El área geográfica de las *favelas* se extendió de la parte central de la ciudad hacia las zonas del norte industrializadas y, de ahí, a las zonas de playas de clase media alta. Especialmente en los años setenta, las *favelas* de la Zona Sul fueron el rostro más visible del fenómeno. Los habitantes de las barriadas eran atraídos por las oportunidades de empleo informal en las comunidades opulentas de las playas y el sector turístico. En 1980, el número de *favelas* llegó a cerca de 500, con alrededor de 630 000 habitantes, es decir, más de 12% de la población total.⁴ La grave crisis económica de los años ochenta, con el consecuente incremento del desempleo, inflación rampante y agravamiento de la desigualdad de ingresos en el Brasil urbano, impulsó aún más la expansión de las *favelas* y otros barrios de bajo nivel de vida e ingresos.⁵ Hacia 1990, casi 600 *favelas* alojaban a un millón de personas, casi la mitad del número total de *cariocas* (habitantes de Río) que vivían en condiciones de pobreza y por debajo del nivel estándar.⁶ Diez años después, en 2000, Río contaba con 1 100 000 *favelados*, es decir, 18.6% del total de la población metropolitana. En resumen, las *favelas* y sus habitantes se han convertido en un elemento masivo y estructural del paisaje geográfico y social urbano de Río de Janeiro.

Pero, pese a que las ciudades perdidas de Río suelen asociarse con pobreza y miseria urbanas generalizadas,⁷ el desarrollo histórico y reciente de las *favelas* ha engendrado una gran diversidad. Como lo mostró Perlman,⁸ las *favelas* han sido el escenario de varias formas de modernización o “desarrollo” en las últimas décadas, ya sea mediante procesos espontáneos o por programas del gobierno, como el *Favela-Bairro*. En consecuencia, la población de las *favelas* se ha diversificado en términos de empleo, nivel salarial y origen étnico.⁹ Los rasgos básicos de la pobreza y exclusión urbanas en Río de Janeiro no radican tanto en su concentración absoluta en guetos separados, sino en su inserción en un patrón altamente complejo de fragmentación-integración urbana, condicionado por la geografía, las oportunidades de empleo, la vida activa asociativa en los barrios y una vigo-

⁴ Janice Perlman, *The Myth of Marginality Revisited. The Case of Favelas in Rio de Janeiro, 1969-2003* (mimeo.), 2005, p. 3.

⁵ Alba Zaluar, “Urban Violence and Drug Warfare in Brazil”, en Koonings y Kruijt, *Armed Actors*, op. cit., pp. 139-154; Elizabeth Leeds, “Rio de Janeiro”, en Koonings y Kruijt, *Armed Actors*, op. cit., pp. 23-35.

⁶ O’Hare y Bark, op. cit., pp. 226 y 233.

⁷ Roy Gilbert, “Rio de Janeiro: The Make-Up of a Modern Megacity”, *Habitat International*, vol. 19, núm. 1, 1995, pp. 91-122.

⁸ Perlman, op. cit.

⁹ Oliveira, Ney dos Santos (1996), “Favelas and Ghettos: Race and Class in Rio de Janeiro and New York City”, *Latin American Perspectives*, vol. 23, no. 4, pp. 71-89.

rosa transformación religiosa, con el surgimiento de varias congregaciones neoprotestantes.¹⁰

De hecho, el rasgo característico de la exclusión urbana en Río de Janeiro, en general, y de la vida en la *favela*, en particular, que se ha visto de manera más patente en las últimas dos décadas es la violencia. El surgimiento de la violencia urbana en Río de Janeiro y otras grandes ciudades brasileñas ha coincidido, paradójicamente, con la consolidación de la democracia, después de 21 años de régimen militar, que concluyeron de manera pacífica en 1985. Lo paradójico es que, desde entonces, el grado de violencia en la sociedad brasileña, el número de víctimas en las fuerzas de seguridad y los episodios de violaciones a los derechos humanos se han incrementado notablemente, en comparación con el periodo de régimen militar.¹¹ Desde finales de los años ochenta, la incapacidad creciente de las autoridades para contrarrestar el surgimiento de bandas armadas de narcotraficantes en los barrios pobres de la *cidade maravilhosa* ha transformado la periferia de la segunda área conurbada más grande de Brasil en una zona de “guerra de baja intensidad”. Como resultado de ello, actualmente se están delineando contrastes muy marcados entre el mundo “civilizado” del Estado de derecho (el *asfalto*) y la selva urbana del *morro* (la colina). Veamos más de cerca este escenario de violencia y los actores armados que participan en él.

VIOLENCIA Y ACTORES ARMADOS

En un documental filmado a finales de los años noventa, un capitán de la policía militar declaraba enfáticamente que Río de Janeiro no enfrentaba una “guerra civil”.¹² Empero, el Batallón de Operaciones Especiales (BOPE) de la Policía Militar Estatal de Río de Janeiro con orgullo proclama ser la fuerza de guerra urbana mejor preparada del mundo.¹³ Ese mismo capitán afirma en el documental antes mencionado que se salió del ejército para hacerse policía pues quería “tener acción”.

¹⁰ Dulce Chaves Pandolfi y Mario Grynspan (eds.), *A favela fala*, Río de Janeiro, FGV, 2003.

¹¹ Kees Koonings, “Shadows of Violence and Political Transition in Brazil. From Military Rule to Democratic Governance”, en Kees Koonings y Dirk Kruijt (eds.), *Societies of Fear. The Legacy of Civil War, Violence and Terror in Latin America*, Londres, Zed Books, 1999, pp. 197-234; Angelina Peralva, *Violência e democracia. O paradoxo brasileiro*, São Paulo, Paz e Terra, 2000.

¹² Noticias de una guerra particular. Un documental de Kátia Lund y João Moreira Salles (Brasil, 1999; edición en DVD por VideoFilmes en 2005).

¹³ Luiz Eduardo Soares, André Batista y Rodrigo Pimentel, *Elite da tropa*, Río de Janeiro, Objetiva, 2006.

¿Qué es esta guerra civil urbana que nadie quiere ver? ¿Quiénes participan en ella? El hecho de caracterizar la violencia urbana en Río de Janeiro como una guerra de baja intensidad significa que la violencia va más allá de los actos "ordinarios" relacionados con el crimen común. También trasciende la violencia extralegal que a veces explota en los linchamientos o en la limpieza social que llevan a cabo grupos de ciudadanos desenfrenados.¹⁴ La violencia en Río sigue un claro patrón de confrontación y control; su intensidad sobrepasa los niveles que normalmente se ven en la violencia cotidiana y "arbitraria" o aleatoria de las grandes ciudades de América Latina.¹⁵ La violencia en Río sigue una lógica extraña pero muy real de fragmentación territorial, intereses económicos y control sociopolítico. Como tal, revela muchos de los rasgos que Kaldor adscribe a las llamadas "nuevas guerras": la evaporación del monopolio de la violencia legal y efectiva del Estado por la presión conjunta de contradicciones étnicas o religiosas, intereses económicos criminales, proliferación de actores armados y una lógica de control social basado en la coerción y la arbitrariedad.¹⁶

En un artículo cardinal, Elisabeth Leeds describe los orígenes de la violencia urbana organizada en Río de Janeiro.¹⁷ Existe una clara conexión entre el fenómeno de la guerrilla urbana, de finales de los sesenta y setenta, y el surgimiento de grupos criminales organizados que empezaron a tomar el control de sectores de la ciudad en los años ochenta. De acuerdo con Leeds,¹⁸ en los años setenta, algunos guerrilleros urbanos que habían sido encarcelados, y que en términos generales eran de clase media y tenían cierto nivel de estudios, entraron en contacto con criminales y narcotraficantes detenidos. Los primeros transmitieron sus conocimientos sobre organización (líneas de mando verticales y estructuras en celdas) a los líderes criminales, quienes los utilizaron, en primer lugar, para afianzar su poder dentro de las penitenciarias y, después, para consolidar bandas y consorcios de narcotraficantes fuera de la prisión. Esta expansión coincidió con el incremento del tráfico internacional de drogas (especialmente de cocaína)

¹⁴ Martha Huggins (ed.), *Vigilantism and the State in Latin America. Essays on Extralegal Violence*, Nueva York, Praeger, 1991; Will Pansters y Hector Castillo Berthier, "Mexico City", en Koonings y Kruijt, *Armed Actors*, *op. cit.*, pp. 36-56.

¹⁵ Alberto Concha-Eastman, "Urban Violence in Latin America and the Caribbean: Dimensions, Explanations, Actions", en Susana Rotker (ed.), *Citizens of Fear. Urban Violence in Latin America*, New Brunswick y Londres, Rutgers University Press, 2002, pp. 37-54.

¹⁶ Mary Kaldor, *New and Old Wars. Organized Violence in a Global Era*, Oxford, Polity Press, 1999.

¹⁷ Elisabeth Leeds, "Cocaine and Parallel Politics in the Brazilian Urban Periphery: Constraints on Local-Level Democratization", *Latin American Research Review*, vol. 31, núm. 3, 1996, pp. 47-84.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 52-58; véase también Peralva, *op. cit.*, pp. 73 y ss.

y el aumento del consumo local entre los segmentos medio y alto de la sociedad de Río de Janeiro. En el curso de los años noventa, casi cada *favela* se convirtió en el reino de una banda de narcotraficantes (*quadrilhas*), encabezada por un *dono* (jefe) local. El tamaño y alcance de cada banda varía,¹⁹ pero el patrón bajo el cual todas operan es muy similar. Los jefes tratan de mantener el control exclusivo de una o más *favelas* o *morros*. El objetivo es controlar el sistema local del comercio de drogas, centrado en uno o más puntos de venta de la *favela*.²⁰

Con el correr del tiempo, esas bandas consolidaron tres consorcios (o cárteles) principales que cubrían toda la ciudad: el “Comando Vermelho” (Comando Rojo), el “Terceiro Comando” (Tercer Comando) y el “Amigos dos Amigos” (Amigos de los Amigos). El más numeroso y poderoso es el Comando Rojo, que está en constante confrontación con el Tercer Comando.²¹ El cártel Amigos de los Amigos es un grupillo que se separó del Comando Rojo. Esta agrupación refleja en su nombre, Comando Rojo, su inspiración temprana en los revolucionarios de izquierda, y los grupos vinculados con ella se designan a sí mismos como *o movimento* (el movimiento), combinan la práctica del crimen y la violencia con un discurso (y, en ocasiones, también una práctica) de interés por los pobres y de combate a las injusticias de los sistemas económico y político de Brasil. Sin embargo, se tiene la idea generalizada de que los capos locales del narcotráfico, así como los jefes supremos de los cárteles (*tubarões* o tiburones), casi siempre invisibles, están bien conectados con las autoridades y políticos de la ciudad.²²

Los enfrentamientos entre bandas y facciones criminales se deben básicamente al control de territorios. Así, cuando una banda o facción trata de invadir y apoderarse de la zona de otra banda o facción, se produce violencia. A menudo ésta toma la forma de riñas callejeras, en las que se utilizan armas pequeñas, pero también salen a relucir armas más pesadas, como morteros y lanzacohetes RPG. El reclutamiento de niños soldados es una práctica común.²³ Barcelos describe un enfrentamiento ocurrido en 1991, cuando la facción de Santa Marta, encabezada por el *dono* Juliano

¹⁹ Leeds, “Cocaine and Parallel Politics...”, *op. cit.*, p. 59.

²⁰ Zaluar, *op. cit.*

²¹ Carlos Amorim, *Comando Vermelho: a história secreta do crime organizado*, Río de Janeiro, Record, 1993; William de Lima, *Quatrocentos contra um. Uma história do Comando Vermelho*, Río de Janeiro, ISER & Vozes, 1991.

²² Enrique Desmond Arias, “Faith in Our Neighbours. Networks and Social Order in Three Brazilian Favelas”, *Latin American Politics and Society*, vol. 46, núm. 1, 2004, pp. 1-38.

²³ Luke Dowdney, *Children of the Drug Trade: A Case Study of Children in Organised Armed Violence in Río de Janeiro*, Río de Janeiro, ISER/Viva Rio, 2003.

y vinculada con el Comando Vermelho, reconquistó el control del *morro* Dona Marta y de su lucrativo tráfico de drogas:

A las seis de la mañana, Juliano declaró que el tiempo límite para que Pituca [el *dono* rival al que debía derrocar] saliera ya había expirado. Ordenó que se dispararan al mismo tiempo todas las armas que había en lo alto de la cuesta. Inmediatamente después, cuando aún seguía retumbando el ruido de las detonaciones, los grupos de ataque Beirute y Cerquinha también dispararon sus armas, iniciándose así la invasión por ambos flancos. Todos los que se despertaron con el estruendo permanecieron dentro de sus chozas. Todos los que estaban afuera, pero aún cerca de casa, intentaban regresar. Muchos continuaron su camino hacia sus trabajos, bajando con cautela por los callejones para que no los confundieran con enemigos en fuga.²⁴

En este contexto, la Policía Militar Estatal (PM) de Río de Janeiro fue adquiriendo notoriedad por su violenta intrusión en las zonas de la ciudad que controlaban las bandas de narcotraficantes.²⁵

En general, la forma en que la policía se enfrenta a las bandas se debe a dos motivos aparentemente opuestos: en primer lugar, porque se emplea un enfoque militarizado y represivo en la seguridad pública y la aplicación de la ley; en segundo lugar, porque la propia policía es partícipe de los delitos relacionados con el narcotráfico, la venta de armas y la extorsión.

La primera lógica emana no sólo de la orientación militarista, la organización y el estilo de la policía militar de Río (y de Brasil en su conjunto), sino también del impacto político que ha tenido la creciente ola criminal y el miedo que esto provoca en los electorados políticamente importantes. Apoyados por sectores de los medios de comunicación, estos grupos, provenientes en su mayoría de las clases medias urbanas, suelen estar a favor de que se apliquen las llamadas medidas “rudas” y de “cero tolerancia” para enfrentar el crimen. A este respecto, mucha gente en todo Brasil opina que los derechos humanos no son aplicables a los delincuentes, sino sólo a la gente honesta (pobre), que sí trabaja para ganarse la vida. Por ello, durante las décadas de 1990 y 2000, los regentes de la ciudad a menudo han traducido esto en una estrategia represiva hacia las *favelas*, bajo la forma de operativos a los que llaman *blitz*. Durante los *blitz*, un grupo de policías fuertemente armados penetra en la *favela* con el supuesto propósito de arrestar

²⁴ Caco Barcelos, *Abusado. O dono do morro Dona Marta*, Río de Janeiro y São Paulo, Record, 2003, p. 180.

²⁵ Saima Husain, “Na guerra, quem morre não é inocente” (In war, those who die are not innocent): *Human Rights Implementation, Policing, and Public Security Reform in Rio de Janeiro, Brazil*, Utrecht, tesis de la Escuela de Derechos Humanos, Utrecht University, 2007.

a algunos delincuentes, pero en la práctica lo que a menudo ocurre es que llegán disparando en todas direcciones e incluso matan a quienes sólo les parecen sospechosos o simplemente a hombres (jóvenes negros) que tuvieron la desgracia de estar en el lugar incorrecto, en el momento incorrecto. De acuerdo con Pinheiro,²⁶ esto revela claramente la ausencia de derechos ciudadanos para los pobres urbanos. A la gente pobre por lo general se le describe como *marginais* (aquellos que supuestamente viven en los márgenes de la sociedad), clasificación que no difiere mucho de la de *bandido* (es decir, delincuente), lo que hace de cada *favelado* un criminal en potencia y, por ende, un enemigo de la sociedad al que no se aplican los derechos humanos. Muchos estudiosos han señalado la continuidad entre esta visión y la represión, de inspiración política, ocurrida en las décadas de 1960 y 1970.²⁷

La segunda lógica empuja a los oficiales de policía a establecer contactos oscuros con organizaciones criminales, generalmente extorsionándolas con un porcentaje de las ganancias por la venta de drogas, y proporcionando armamento a las bandas. La violencia policiaca aparece, entonces, como un instrumento para mejorar sus “condiciones de compra” (descuentos más altos o mejores precios), para extorsionar o cobrar venganza, como al parecer fue el caso de la tristemente célebre masacre de Vigário Geral, en 1993. De esta manera, la policía (o algunos de sus elementos) trabaja como parte de la estructura, contribuyendo a la violencia y a la “no aplicación de la ley”, en lugar de contribuir a generar entre los habitantes de los barrios pobres más confianza y dar mayor legitimidad al Estado.²⁸

Obviamente, la paradoja de estas dos lógicas conjuntas es que, al final, sirven a propósitos distintos pero se vuelven compatibles, desde un punto de vista práctico. El método rudo para el combate del crimen, como una “guerra no declarada”, responde a los temores sociales y a las demandas de “cero tolerancia” por parte de los políticos, los medios de comunicación y los electorados de clase media. Además, contribuye al *esprit de corps* militarista que guardan en alta estima las fuerzas de seguridad.²⁹ Al mismo tiem-

²⁶ Paulo Sérgio Pinheiro, “Democracies without Citizenship”, *NACLA Report on the Americas*, vol. 30, núm. 2, 1997, pp. 17-23.

²⁷ Juan Méndez, Guillermo O'Donnell y Paulo Sergio Pinheiro (eds.), *The (Un)Rule of Law and the Underprivileged in Latin America*, Notre Dame. University of Notre Dame Press, 1999; Susan Eckstein y Timothy Wickham-Crowley (eds.), *What Justice? Whose Justice? Fighting for Fairness in Latin America*, Berkeley, Los Ángeles, Londres, University of California Press, 2003; Robert Gay, *Lucia. Testimonies of a Brazilian Drug Dealer's Woman*, Filadelfia, Temple University Press, 2005; Husain, *op. cit.*

²⁸ Paul Chevigny, *Edge of the Knife. Police Violence in the Americas*, Nueva York, New Press, 1995.

²⁹ Soares, Batista y Pimentel, *op. cit.*

po, la violencia arbitraria “permite”, por así decirlo, que ciertos elementos de la policía se introduzcan en las bandas en sus propios términos y se conviertan en actores de los delitos criminales. La violencia generalizada y aparentemente desordenada se convierte en una eficiente cortina de humo para esta degradación del Estado de derecho. Contribuye a reforzar la idea de que la violencia en las *favelas* es un problema intratable. Por fortuna, un número importante de organizaciones de la sociedad civil, periodistas, académicos y políticos se han dado a la tarea de desenmascarar este círculo vicioso de crimen, violencia y coerción.

En años recientes, se ha sentido con más fuerza el imperativo de mejorar a las policías y aplicar estándares de gobernanza democrática y derechos humanos que también se hagan valer para los habitantes de las *favelas*. Husain ha analizado numerosas estrategias de “derechos humanos” en las fuerzas policiacas (militares y civiles) de Río de Janeiro,³⁰ y concluye que, a pesar de ciertos avances logrados con algunas iniciativas, como la vigilancia comunitaria y la recolección de armas (con ayuda de ONG), la escala, continuidad y respaldo político han sido hasta ahora insuficientes para producir un cambio de fondo en las policías. En consecuencia, las bandas siguen reinando en la mayor parte de la periferia de Río y los civiles, como siempre, se encuentran atrapados entre la espada y la pared.

A lo largo de los años se ha tratado de responder de varias formas a los problemas de las fuerzas policiacas y la aplicación de la ley en las *favelas* y otras partes de la ciudad. La “justicia privada” y las actividades extraoficiales por parte de los policías para enfrentar de manera violenta a los “elementos” (de quienes se sospecha que sean) criminales son notorias en Río de Janeiro. En fecha reciente, en un pequeño número de *favelas* surgieron grupos “paramilitares”, o mejor dicho, de autodefensa, como reacción al poder creciente de las bandas de narcotraficantes. Estos grupos, llamados *justiceiros* o *policia mineira*, que están integrados por policías armados y bomberos retirados o que trabajan de manera extraoficial, lograron proteger a sus comunidades de la invasión de bandas. Sin embargo, su versión de lo que significa “mantener el orden” se ha consolidado mediante un uso excesivo de la fuerza, pues muchos de ellos consideran estar “por encima de la ley”.

³⁰ Husain, *op. cit.*

IMPPLICACIONES SOCIALES Y POLÍTICAS DE LA VIOLENCIA URBANA EN RÍO DE JANEIRO

Pero, ¿exactamente cómo ha afectado esta situación a la vida social en las *favelas*? ¿Es cierto que los arrabales y los asentamientos irregulares se han convertido en verdaderos vacíos de gobernanza, en donde el Estado está ausente, las iniciativas populares se ven frustradas y el poder efectivo está en manos de las bandas y facciones criminales, sobre una base arbitraria y violenta? Cuando se miran más de cerca estos temas, se observa que en realidad la situación es más compleja y dinámica de lo que parece. A continuación examinaremos brevemente los siguientes tres aspectos: el papel de las bandas de narcotraficantes en la preservación de un cierto orden alternativo e informal en las ciudades perdidas; la importancia de las actividades criminales y la vida delincuencia para conseguir estatus social e integración; los vínculos entre organizaciones populares, grupos criminales y políticos.

A menudo, los actores armados irregulares desempeñan un papel en la organización y funcionamiento de sistemas alternativos e informales de seguridad, orden público y justicia. Los vacíos de gobernanza formal generalmente no significan que reine la anarquía total y la ilegalidad, pues los detentores rivales del poder pronto se dan a la tarea de reinstalar alguna forma de orden y control. En el caso de las bandas de narcotraficantes en las *favelas* de Río de Janeiro, esto se hace por muchos motivos y de varias maneras. La primera causa, por supuesto, es garantizar que el negocio del tráfico de drogas pueda funcionar sin obstáculos. El desorden y los delitos menores no sólo aumentan la probabilidad de que la policía incremente los operativos en la zona, sino que también asusta a los clientes de los barrios de clase media que tienen que ir al *morro*. El segundo motivo deriva de la necesidad de generar legitimidad entre los habitantes y obtener su apoyo. Esto es crucial para que los traficantes puedan contar con la cooperación de estos últimos, como sería, por ejemplo, para que no proporcionen información a la policía o para que escondan a miembros de la banda durante un *blitz*. En tercer lugar, no es inusual que la banda muestre un cierto interés de tipo social o moral con respecto al bienestar del barrio.³¹ En muchas ocasiones, el *don* de la banda toma a su cuidado a algunas familias o provee ciertos bienes o servicios comunitarios, como una guardería, una cancha deportiva o, simplemente, organiza fiestas. Esto, cuando menos, es lo que ocurría durante la primera etapa de expansión y consolidación de los grupos de narcotraficantes. En fechas más recientes, los intereses crimi-

³¹ Leeds, "Cocaine and Parallel Politics...", *op. cit.*, p. 61.

nales se han endurecido, las confrontaciones se han vuelto más intensas y el régimen de las bandas es ahora más violento. Sin embargo, muchos *favelados* consideran a los miembros de las bandas más confiables y eficaces que la policía para ofrecer seguridad y controlar a los delincuentes menores.³² A cambio de eso, los habitantes de los arrabales deben acatar la conocida *lei-do-silêncio* (ley del silencio). Sin embargo, en el largo plazo, el carácter aparentemente benigno de este orden tiende a transformarse en una lógica de violencia más brutal. Como es obvio, la afinidad entre las bandas y sus “comunidades huésped” es frágil y está basada en intereses y percepciones esencialmente antagónicos. Esto se hizo evidente en el caso de la *favela* Vila Cruzeiro, al que nos referiremos más adelante.³³

Si se examinan las funciones sociales y culturales de las bandas en las *favelas*, se encuentra que, junto con el poder y el control, viene el estatus. Las investigaciones recientes sobre la vida de las bandas urbanas revelan fehacientemente la importancia que éstas tienen como ámbitos alternos de identificación, participación y estatus sociales, especialmente entre los varones jóvenes que enfrentan muchos obstáculos para ingresar o tener éxito en los mercados (in)formales de trabajo o en el sistema educativo. Formar parte de una banda o una facción criminal asegura una posición económica y social, e incluso ofrece ciertas perspectivas de desarrollo, en tanto perdure la banda.³⁴ En el caso de los arrabales de Río, Alba Zaluar ha acuñado el término de “integración perversa”.³⁵ La autora muestra que formar parte de una banda significa ingresos, poder, estatus y respeto, los cuales, sin embargo, están basados en última instancia en la coerción y la intimidación. Asimismo, el estatus viene acompañado por un sesgo de género: la integración que ofrece la vida como pandillero promueve particularmente la imagen dominante del “macho” fuerte, asertivo y a menudo violento, y la imagen masculina de la violencia y la fuerza física.³⁶ De acuerdo con Zaluar,³⁷ esto les imprime un “*ethos* guerrero”, que sin embargo no parece

³² Robert Neuwirth, “Rio Drug Gangs Forge a Fragile Security”, *NACLA Report on the Americas*, vol. 37, núm. 2, 2002, pp. 32-37.

³³ Asimismo, véase, por ejemplo, el artículo de Rodgers, quien relata una situación similar en el caso de una de las pandillas de Managua que estudió con detenimiento. Dennis Rodgers, “Managua”, en Koonings y Kruijt, *Armed Actors*, *op. cit.*, pp. 71-85.

³⁴ Chris van de Borgh y Wim Savenije, “Youth Gangs, Social Exclusion and the Transformation of Violence in El Salvador”, en Koonings y Kruijt, *Armed Actors*, *op. cit.*, pp. 155-171; Rodgers, *op. cit.*; Alonso Salazar, *No nacimos pa’ semilla. La cultura de las bandas juveniles de Medellín*, Bogotá, CINEP, 1993.

³⁵ Alba Zaluar, “Perverse Integration. Drug Trafficking and Youth in the Favelas of Rio de Janeiro”, *Journal of International Affairs*, vol. 53, núm. 2, 2000, pp. 654-671.

³⁶ Fátima Regina Cecchetto, *Violência e estilos de masculinidade*, Río de Janeiro, FGV, 2004.

³⁷ Zaluar, *op. cit.*, pp. 149 y 150.

ser exclusivo de los varones, como puede desprenderse de la fascinante descripción que hace Robert Gay de “las mujeres narcotraficantes”.³⁸

De esta manera, los ciudadanos ordinarios de los barrios pobres deben optar por hacerse aliados de las bandas o vivir con temor por la violencia que éstas utilizan y provocan. Un dilema similar puede observarse con respecto al tercer aspecto que vamos a examinar: la relación entre la violencia criminal organizada, la vida en sociedad en los barrios y la política urbana. Leeds fue el primero en apuntar las repercusiones de la “cocaína” sobre la democracia local y las organizaciones comunitarias.³⁹ Mientras que en los años anteriores e inmediatamente posteriores al cambio del régimen militar al gobierno civil, en 1985, los movimientos vecinales proliferaron y asumieron un papel muy dinámico en la reactivación de la sociedad civil y la transición democrática, después de 1990 el impacto de las bandas de narcotraficantes se fue sintiendo cada vez más. Leeds utiliza el concepto de “poder paralelo” no sólo para describir el papel de gobernanza alternativa que, como se vio antes, desempeñan las bandas y sus *donos*, sino también para señalar la separación aparente entre este mundo de coerción (a veces benigna) y el mundo formal de la política institucional y, supuestamente, no violenta.⁴⁰ Sin embargo, algunos estudios recientes han mostrado la multiplicidad de formas que pueden tomar las relaciones entre las organizaciones populares (en su mayoría, las *associações de moradores*), las bandas de narcotraficantes y la política.⁴¹ Arias muestra que, si bien a menudo los narcotraficantes intentan tomar el control de las asociaciones vecinales, no siempre tienen éxito, pues ello depende de la fuerza de éstas y de la astucia de sus dirigentes. Más aún, con frecuencia se establece una simbiosis entre la banda y la asociación, ya que la segunda no puede ignorar el poder real de la primera, pero esta última a su vez depende de la asociación y las redes civiles de sus miembros para consolidar su propia posición. Debido a esto, los líderes de las bandas han estado tratando de introducirse en las redes convencionales de patrocinios y clientelismos que existen entre las organizaciones vecinales y los políticos locales. Por su parte, los líderes vecinales intentan actuar como intermediarios a fin de obtener beneficios materiales

³⁸ Gay, *op. cit.*

³⁹ Leeds, “Cocaine and Parallel Politics...”, *op. cit.*

⁴⁰ *Ibidem.*

⁴¹ Robert Gay, *Popular Organization and Democracy in Rio de Janeiro. A Tale of Two Favelas*, Filadelfia, Temple University Press, 1994; Arias, *op. cit.*; Enrique Desmond Arias, “The Dynamics of Criminal Governance: Networks and Social Order in Rio de Janeiro”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 38, núm. 2, 2006, pp. 293-325, y del mismo autor, *Drugs and Democracy in Rio de Janeiro. Trafficking, Social Networks and Public Security*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2006.

para el *bairro*; los políticos requieren frecuentemente del consentimiento de los jefes de las bandas para iniciar sus campañas electorales y para sus políticas populistas de gasto entre las asociaciones locales; a su vez, los jefes de las bandas pueden aprovechar esas relaciones políticas secretas para dar seguridad a sus operaciones y también para conseguir beneficios para los habitantes de la zona y así aumentar su prestigio.⁴² Paradójicamente, otro resultado de este complejo juego puede ser que las estrategias de los políticos y la implementación de las políticas públicas (“obras” y servicios) por motivos electorales acaben fortaleciendo la posición de los jefes de las bandas de narcotraficantes.⁴³ En resumen, la “economía política” de las *favelas* es algo más que la mera yuxtaposición de la ausencia de un Estado legal formal y un orden creciente de crimen y violencia. En muchas ocasiones, así como los ciudadanos ordinarios que viven en las *favelas* están indefensos frente a la aplicación brutal y arbitraria de la “ley de la *favela*” por parte de la banda de narcotraficantes, así también las organizaciones comunales y otros actores de la sociedad civil de la localidad parecen hallarse a merced de los esquemas de poder de los políticos, que actúan en contubernio con el crimen organizado. Al no existir instituciones facultadas que estén respaldadas por una gobernanza local “buena”, el poder del Estado es visto como violencia policiaca arbitraria o como políticos que comen y duermen con los criminales. En este sentido, la política y, por ende, el Estado se encuentran claramente involucrados en la reproducción de la violencia en las *favelas* de Río de Janeiro.

En la siguiente sección ilustraré varias de las facetas de la exclusión y la violencia en Río de Janeiro que hemos tocado hasta ahora. El caso de Vila Cruzeiro nos permitirá comprender con más claridad la naturaleza de la violencia urbana, las hazañas de los actores tanto armados como civiles en los barrios y sus repercusiones en la vida cotidiana de los habitantes de las *favelas*.

CONVIVIR CON LA VIOLENCIA: EL CASO DE VILA CRUZEIRO⁴⁴

La *favela* Vila Cruzeiro forma parte de una zona mal afamada del norte de Río de Janeiro y localizada a lo largo de la Avenida Brasil, a la que a menudo llaman la “Franja de Gaza”, en alusión a la violenta región de Palestina. La avenida está rodeada de arrabales, la mayoría de los cuales se encuentran

⁴² Arias, “The Dynamics of Criminal Governance”, *op. cit.*, pp. 318-322.

⁴³ Arias, *Drugs and Democracy in Rio de Janeiro*, *op. cit.*

⁴⁴ El análisis del caso de Vila Cruzeiro está basado en una investigación etnográfica de campo que realizó Sjoerd Veenstra en 2005.

bajo el dominio de bandas de narcotraficantes. Pero Vila Cruzeiro carga con otro estigma, pues fue el escenario en donde el famoso periodista Tim Lopes, de la red Globo, fue secuestrado, torturado y brutalmente asesinado por miembros del Comando Vermelho. El 2 de junio de 2002, le descubrieron una cámara oculta durante una fiesta *funk* (fiesta típica de las *favelas*), en Vila Cruzeiro, mientras hacía una investigación secreta sobre consumo de drogas y prostitución. La muerte de Tim Lopes ocupó las primeras planas de los diarios de todo el mundo. La comunidad fue invadida durante varias semanas; los helicópteros patrullaban el área constantemente y a los residentes los cacheaban e interrogaban cada vez que entraban o salían de ella. En 2005, tres años después de la muerte de Tim Lopes, la comunidad seguía sintiendo las consecuencias de aquel hecho. Los operativos policíacos, que a menudo terminaban en enfrentamientos violentos con las bandas de traficantes, eran tan frecuentes que los residentes de Vila Cruzeiro vivían en una situación equivalente a la que sufren los pueblos atrapados en medio de guerras (civiles).

Vila Cruzeiro es una de las once *favelas* del Complexo da Penha. A un conjunto de comunidades de *favelas* interconectadas se le llama *complexo* (complejo). El Complexo da Penha se ubica en el vecindario (oficial) de Penha. Esta comunidad, construida hace 50 años sobre dos colinas y un valle que las separa, está densamente poblada, lo que se evidencia en la estructura laberíntica de sus barracas anaranjadas, calles, callejones y empuñadas escaleras. Sus habitantes provienen, entre otros, de la ciudad de Río de Janeiro, del estado de Río de Janeiro, de los estados pobres del norte, e incluso existe un pequeño grupo de Angola. La mayoría de los habitantes son afrobrasileños y el número total de residentes ronda los veinte mil, mientras que el total de habitantes del Complexo da Penha, en su conjunto, asciende a alrededor de ciento veinte mil.⁴⁵

Comparada con otras comunidades más jóvenes, Vila Cruzeiro está relativamente bien desarrollada. Durante la última década, en particular, se hicieron muchas mejoras bajo la supervisión de la asociación vecinal y con el apoyo de la ONG brasileña conocida como IBISS (Instituto Brasileiro de Inovações em Saúde Social, Instituto Brasileño para la Innovación y la Promoción de la Salud Social). También contribuyeron la ONG Viva Rio y el gobierno local de Río. La mayoría de los habitantes de Vila Cruzeiro cuentan con servicios básicos, como agua corriente y electricidad; las casas generalmente están construidas con ladrillos y la basura es recogida por miembros de la comunidad, quienes son contratados por la asociación ve-

⁴⁵ Estas cifras se obtuvieron en el censo de 2000. Armazem de Dados do Governo de Rio de Janeiro.

cinal. En 2005 concluyó la construcción de un nuevo centro comunitario, con financiamiento del gobierno local. Más aún, la comunidad no está tan aislada como otras y cuenta con una línea de autobús que va directamente al centro de la ciudad.

No obstante, la pobreza es generalizada, pues sus habitantes se encuentran literalmente atrapados económicamente dentro de su comunidad. Muchos no tienen siquiera el dinero suficiente para pagar el autobús. Además, el nivel de los servicios de educación y salud es muy bajo. Muy pocos habitantes consiguen mejorar su posición económica y social. El futbolista Adriano, quien juega en un equipo nacional, es una excepción y es quizá el habitante más célebre de Vila Cruzeiro, donde nació y se crió.

Desde la conquista rápida y violenta del Complexo da Penha por el Comando Vermelho, a principios de los años noventa, que resultó en un baño de sangre, esta facción criminal ha tenido el control de las 11 comunidades. Dado que los ataques por facciones rivales son muy poco probables, el Complexo da Penha puede considerarse como el bastión del Comando Vermelho. Esta organización criminal llenó el vacío de poder que dejó el Estado, convirtiéndose en lo que Leeds llama el “poder paralelo” en Vila Cruzeiro y otras comunidades del Complexo da Penha.⁴⁶ Los únicos representantes del Estado brasileño a los que las bandas de narcotraficantes permiten el paso son los profesores de las escuelas primarias públicas.

Al no haber amenazas externas de facciones rivales, la violencia que deben enfrentar los habitantes de Vila Cruzeiro obedece principalmente a la guerra urbana cotidiana entre la banda de narcotraficantes y la policía militar. La presencia de esta última se caracteriza por una violencia excesiva que se perpetra durante los operativos *blitz*. Estas acciones las realiza principalmente el Batalhão de Operações Policiais Especiais (BOPE), al que nos referimos antes. Durante los *blitz*, las puertas son derribadas, las personas son arrestadas de manera arbitraria y se hacen disparos para imponer el terror. Los miembros de las fuerzas especiales portan ropa negra y llevan los rostros cubiertos con pasamontañas para no ser reconocidos. Esta forma de trabajar de los miembros del BOPE ha hecho cada vez más difícil, si no imposible, que sean acusados por los posibles crímenes que a menudo ocurren.

Los enfrentamientos se han vuelto más violentos en comparación con los de los años noventa. Antes, ambas partes solían respetar hasta cierto punto a la comunidad. Los combates generalmente ocurrían durante la noche y los miembros de las bandas no mostraban abiertamente sus armas, al menos no durante el día. Actualmente, éstos actúan de manera mucho más inescrupulosa, debido a la juventud de los delincuentes, al fuerte consumo

⁴⁶ Leeds, “Cocaine and Parallel Politics...”, *op. cit.*

de drogas (muy pocos pandilleros de la primera generación usaban cocaína) y al hecho de que suelen apostar entre ellos para demostrar quién es el más brutal. Un tristemente célebre traficante de Vila Cruzeiro acostumbraba clavar en palos las cabezas de sus enemigos, a manera de trofeo. La banda de traficantes patrulla la comunidad como si fueran policías, mostrando deliberadamente su armamento pesado para intimidar a los residentes. En el pasado, muchos habitantes solían apoyar a la organización por voluntad propia, dado que ésta invertía una parte considerable de sus ganancias en suministrar agua y en adquirir medicamentos y otros bienes y servicios para mejorar la comunidad. Hoy en día la voluntad propia ha sido sustituida en gran parte por el temor.

La policía miliar introdujo recientemente en su “guerra contra el crimen” el llamado *caveirão* (“gran calavera”, en alusión a los símbolos de guerra que lleva pintados a sus costados): un vehículo blindado que resiste balas de los más gruesos calibres y se ha convertido en una temida arma. En Vila Cruzeiro, la policía militar llega a entrar en la comunidad hasta tres veces al día. En una ocasión particular, dos vehículos blindados arribaron a Vila Cruzeiro en busca de criminales. Se inició un intenso tiroteo y se arrojaron dos granadas de mano contra la policía. Dado que el enfrentamiento ocurrió a aproximadamente 20 metros de una escuela primaria, cuando docenas de niños tomaban clase y estaban a punto de salir para regresar a sus casas, podemos concluir que la presencia de una escuela no fue un obstáculo para ninguna de las dos partes. El muro de la escuela primaria muestra huellas de balas de combates anteriores. El uso de vehículos blindados se ha convertido en una pesadilla para los habitantes de Vila Cruzeiro, pues aun cuando no de todos los encuentros resulta una confrontación violenta, se sienten muy intimidados por la presencia de los vehículos.

Con la implementación del programa GPAE (Grupamento de Policiamento em Áreas Especiais) en el Complexo da Penha, el gobierno de Río intentó restablecer su autoridad. Este programa pretende reanudar la relación entre la policía y los habitantes de las *favelas* mediante la instalación de puestos policíacos en las comunidades peor reputadas.⁴⁷ Pero, si bien el programa tuvo cierto éxito en otras comunidades, en Vila Cruzeiro fue un fracaso. Bajo las graves amenazas por parte del Comando Vermelho, el puesto pronto fue abandonado.

Los habitantes de Vila Cruzeiro están obligados a vivir de acuerdo con la ley de la *favela*. El tráfico de drogas puede florecer en la medida en que no haya presencia policiaca. Por tanto, toda persona que cometa un “cri-

⁴⁷ Gisele Netto, “Um pouco mais de paz. Rio de Janeiro: Viva Rio” (www.vivafavela.com.br), 2002 (consultado el 15 de febrero de 2006).

men" en Vila Cruzeiro y atraiga así la atención de la policía es castigada. Como resultado, en la comunidad no se cometen violaciones ni robos, y los residentes no cierran sus puertas con candados, pues nadie se atreve a robar a otros. Dado el clima tropical, el pequeño tamaño de las casas habitadas por familias relativamente grandes y el estilo de vida extrovertido de los habitantes de la *favela*, resulta sumamente difícil entrar en la comunidad sin ser notado. El Comando Vermelho se vale de esta red de control social y de vigilantes encubiertos para sus fines. Pocas acciones policíacas los toman por sorpresa, pues los vigilantes utilizan radiotransmisores y señales de luz para advertir a sus compañeros de banda en caso de peligro.

Los habitantes de Vila Cruzeiro tienen sentimientos encontrados con respecto a la presencia de las bandas de narcotraficantes. La vasta mayoría preferiría una policía honesta que respetara a los residentes de la *favela* que no están involucrados con el crimen y en la que se pudiera confiar. Pero, como la policía perpetra una violencia sistemática contra la población de la *favela* y no tiene reparo alguno en utilizar armamentos pesados, como el *caveirão*, cada vez les resulta más difícil (en particular a los niños) tener una opinión positiva de ella. Aunado a esto, el poder reinante, el Comando Vermelho, ha hecho ver sistemáticamente a la policía como el archienemigo de la comunidad. Incluso hace que la gente pinte de otro color su casa si llega a estar pintada de un azul similar al de la policía. Para muchos niños la segunda profesión más deseada (después de la de futbolista) es la de pandillero, seducidos por el dinero, poder, fama y atractivo con el sexo opuesto que éste llega a tener. El *ethos* guerrero masculino, el llamado *sujeito homem*, glorificado en la muy popular música *funk*, es un factor muy importante para explicar por qué la carrera criminal le resulta tan atractiva a los jóvenes de la *favela*.⁴⁸ Pese a los enormes riesgos (la gran mayoría de estos delincuentes muere antes de cumplir 25 años o termina en la cárcel por el resto de su vida), cantidades de jóvenes aguardan con ansias el momento de enrolarse.

La mayoría de los habitantes de Vila Cruzeiro rechazan los innecesariamente violentos métodos del Comando Vermelho, pero comprenden hasta cierto punto por qué algunos jóvenes recurren al crimen. La falta de oportunidades ha dado cada vez más legitimidad a la carrera criminal. La diferencia entre una vida criminal y una no criminal se ha desvanecido. Muchos residentes consideran como algo positivo la seguridad informal que ofrecen las bandas de narcotraficantes. Aunque ya no tanto como en los años noventa, la banda sigue realizando "acciones sociales". Por ejemplo, en las fiestas nacionales da obsequios (robados) a los niños y organiza

⁴⁸ Zaluar, "Urban Violence and Drug Warfare in Brazil", *op. cit.*

fiestas gratuitas para sus padres. Por otra parte, muchos habitantes tienen cuando menos un pariente, vecino, amigo o conocido que está involucrado en el crimen. De esta manera, el “criminal” es un sobrino, un tío, en otras palabras, un miembro de la comunidad que tiene una familia. Además, algunos habitantes que no participan directamente en las actividades del narcotráfico consideran la “ley de la *favela*” una forma normal de resolver las disputas, y el recurso al crimen (sólo con la aprobación del *dono*) una manera de solucionar los problemas cotidianos.

Las organizaciones más influyentes que están presentes en Vila Cruzeiro, además del Comando Vermelho, son la asociación vecinal, las iglesias, la escuela primaria y la organización no gubernamental IBISS. La “libertad de movimiento” de estas organizaciones está claramente restringida, pero se les tolera en tanto no interfieran con los negocios de narcotráfico de las bandas. Sin embargo, ni siquiera una iniciativa aparentemente inocente, como un proyecto deportivo para los niños, puede realizarse sin la aprobación de la banda. Esto significa que toda persona u organización que desee hacer algo en Vila Cruzeiro debe negociarlo con los jefes de las bandas, ya sea directa o indirectamente (mediante los líderes vecinales). Desde un punto de vista ético, a nadie le gusta negociar con organizaciones ilegales que son responsables de muchos crímenes. Pero, desde un punto de vista práctico, si estas organizaciones no lo hicieran, ¿quién lo haría? Para muchos habitantes de la *favela* los proyectos que llevan a cabo estas organizaciones son sumamente valiosos. Aunque un proyecto como el de “*soldados nunca mais*” (“no más soldados niños”) de IBISS no pondrá fin a la dramática ola de violencia urbana, sí ha ayudado a un gran número de jóvenes a salirse de las bandas de narcotraficantes, resolver sus traumas en la medida de lo posible y utilizar su experiencia para evitar que otros jóvenes de sus comunidades sigan sus pasos. Por desgracia, las organizaciones no gubernamentales sólo llegan a un pequeño porcentaje de la población de la *favela*. Los cambios reales deben hacerse desde el nivel macro.

Ni las drogas ni las armas se producen en las *favelas*. Esto quiere decir que mucha gente ajena a ellas es responsable de los flujos de estos dos productos letales que llegan a las comunidades y avivan la guerra. Sin embargo, los habitantes de las *favelas* cargan con un estigma injusto (ser la causa del problema), si bien sólo un pequeño número de ellos participa en las actividades del narcotráfico. La gran mayoría trabaja y es víctima de la violencia brutal, perpetrada ya sea por la policía o por las bandas.

CONCLUSIONES

Como lo ilustra claramente el caso de Vila Cruzeiro, la principal víctima de la interrelación de la exclusión social y la violencia organizada en Río de Janeiro son los ciudadanos (pobres) ordinarios. La vasta mayoría de los pobres urbanos de Río preferirían tener una vida pacífica en un vecindario donde el orden público y la seguridad fueran garantizados por un Estado local legítimo y confiable. De hecho, la mayoría de los *favelados* se esfuerzan por ir a sus trabajos con precaución y hacerse a duras penas de un ingreso para sus familias. Sin embargo, la falta de oportunidades y la fragilidad de los servicios públicos han hecho que las *favelas* lleven el estigma de ser sitios de alta peligrosidad. El incremento de la cocaína y el fracaso de las políticas de seguridad pública durante los últimos 20 años han llevado a las *favelas* a vivir entre la violencia de las bandas de traficantes, el poder de los capos del narcotráfico, y las represalias arbitrarias de la policía. A primera vista, las bandas de narcotraficantes y sus líderes podrían aparecer como proveedores alternativos de orden y seguridad. Sin embargo, en la práctica se trata de un orden tiránico que se impone a los vecindarios, a pesar de la retórica del interés por la comunidad que expresan muchos de los *donos*. Su interés principal es garantizar la obtención de ganancias criminales mediante el control territorial. Como dejó en claro nuestro análisis, esto pone en grave peligro la seguridad objetiva y subjetiva de los ciudadanos pobres de Río de Janeiro. El caso de Vila Cruzeiro ilustra que, en el largo plazo, tanto las bandas como la policía se han vuelto más violentas. Hablamos de vacíos de gobernanza y fracaso parcial del Estado, en el sentido de que no existe una presencia estatal efectiva que fortalezca el apoyo y la legitimidad comunitarios con el fin de vigorizar el Estado de derecho y la seguridad de los ciudadanos.

No obstante, este teatro de guerra civil urbana es al mismo tiempo escenario de una compleja interacción de actores armados, organizaciones populares, iglesias, redes sociales, ONG, políticos y representantes del Estado. Aunque muchos de ellos en ocasiones consigan generar alternativas no violentas, es poco probable que cambie el espectro general a menos que se elimine (o transforme) el comercio de drogas y armas, como el principal motor ilícito de la violencia, y sin un compromiso más fuerte y decidido de parte de la sociedad política y civil para que se dé un lugar de primera importancia a la seguridad de los ciudadanos pobres. Hasta ahora, la atención de los políticos con respecto a la lógica de la violencia en las *favelas* de Río de Janeiro se ha limitado básicamente a explotar electoralmente ciertas posiciones rudas relativas a la ley y el orden, o bien a buscar establecer vínculos clientelistas con determinados actores de las *favelas*. Para que

pudieran restaurarse verdaderamente la presencia del Estado y el poder estatal se tendría que incorporar a los barrios en prácticas de gobernanza más verticales, que vincularan sus intereses de manera más clara con la acción pública.⁴⁹

En Brasil y, de manera más general, en América Latina, el problema de la exclusión y la violencia urbanas constituye hoy una preocupación central. Río de Janeiro destaca por la autonomía aparente de los actores criminales armados y los fuertes vínculos que tienen con el tráfico de drogas y armas. En Río, esto ha creado verdaderos enclaves de violencia, en una sociedad que, por otra parte, ha hecho avances muy importantes hacia la consolidación democrática. Escenarios similares de violencia urbana en otros países, como Colombia, El Salvador, Guatemala y Honduras,⁵⁰ comparten con Río de Janeiro la fragilidad de la presencia efectiva del Estado y la autonomía de las bandas, basada en el control de las periferias urbanas, como Medellín, San Salvador, Ciudad de Guatemala y Tegucigalpa. En el caso de Medellín, las prácticas violentas de las bandas fueron expresión del auge y ocaso del tristemente célebre cártel de narcotraficantes dirigido por Pablo Escobar. En años recientes, la violencia urbana en Medellín y otras ciudades colombianas ha sido absorbida en el espectro más amplio del conflicto armado interno a nivel nacional. Los infames *maras* de Centroamérica son específicos en su origen dual como flujo migratorio a Estados Unidos y desechos de la guerra civil en la región. La violencia de los *maras* parece estar ahora hundiéndose en estas sociedades centroamericanas y predomina en la agenda de seguridad pública, pero deja al Estado sin respuestas fáciles.

En conclusión, si bien el trasfondo general de pobreza y exclusión, así como la naturaleza y la lógica de la violencia urbana por medio de la brutalidad de las bandas y la policía, muestra muchas similitudes a lo largo de los países latinoamericanos, las principales diferencias radican en la interrelación de la violencia urbana y el Estado. Por tanto, cualquier solución que se adopte debe tomar el contexto político específico como punto de partida.

Traducción de LORENA MURILLO S.

⁴⁹ Para un análisis de la política de participación en Porto Alegre, véase Kees Koonings, "Strengthening Citizenship in Brazil's Democracy: Local Participatory Governance in Porto Alegre", *Bulletin of Latin American Research*, vol. 23, núm. 1, 2004, pp. 79-99.

⁵⁰ Véase Koonings y Kruijt, *Armed Actors*, *op. cit.*, y Kees Koonings y Dirk Kruijt (eds.), *Fractured Cities. Social Exclusion, Urban Violence and Contested Spaces in Latin America*, Londres, Zed Books, 2007; otros artículos en este número especial.